

Contra la guerra, defendamos la salud. Siempre nos queda la palabra.

Iñaki Markez

 Médico Psiquiatra
CSM Galdakao

Decía recientemente el teólogo Leonardo Boff que la guerra inminente no es guerra: es cobardía, es masacre. Porque no se trata de enfrentamiento de ejércitos, sino de matanza de civiles con bombas inteligentes arrojadas desde alturas de 16.000 metros. Ni aquí ni en ningún lugar del mundo, casi nadie quiere la guerra. Los gobernantes de Estados Unidos, y algunos de otros países sí están en guerra abiertamente, al menos desde las fechas posteriores a los trágicos atentados del 11 de septiembre de 2001.

— Antes fue contra Bin Laden, Al Qaeda, talibanes y población afgana. Ahora contra Sadam Hussein, el partido Baas y la población irakí. Después,... dios sabe qué ocurrirá con palestinos, coreanos, iraníes,... o cualquier otro país africano o asiático que sea considerado “una amenaza para la paz mundial,” aunque a duras penas sus habitantes logren sobrevivir en una mar de acoso, miseria y destrucción. Siempre podrán lanzarse a los cuatro vientos acusaciones, probadas o no, contra los pueblos y regímenes demonizados, los no leales al Imperio en un momento dado. Si no, siempre se podrá fomentar el ideario maniqueo: ¡con nosotros o con el terrorismo!. Al lado, un lastre de incertidumbre e inseguridad, mezcla de esperanza y miedo indefinido que les hace suspicaces ante casi todo.

El temor al enemigo difuso, el terror, la paranoia, las vivencias de vulnerabilidad y el patriotismo exacerbado proyectan su ira con objetivos nada humanitarios. La agresividad contra Irak nada tiene que ver con la guerra contra el terrorismo. El desar-

me y la pretendida amenaza de Irak para la paz son excusas que esconden la escalada armamentista, las ambiciones para controlar la segunda mayor reserva de petróleo del mundo estimada en 112.000 millones de barriles, también por nuevos mercados y nuevas áreas geoestratégicas. Esconden la frustración por no haber eliminado a Al Qaeda y a sus líderes, quizá también tomar ventaja ante futuras contiendas electorales, transformar el mapa de Oriente Medio donde Israel tenga sus ventajas, reducir el temor al terrorismo en territorio propio fomentando la “seguridad nacional” imponiendo el desarrollo creciente de ideologías belicistas y policiales. La guerra es la continuación de la política por otros medios como afirmara Clausewitz. Y nos esconden también la cara menos presentable por las consecuencias de horror, devastación y muertes de cientos de miles, quizá millones de personas, en la primera confrontación y en los años venideros.

El régimen de Sadam, tan dictador como un buen puñado de autoritarios presidentes hoy aceptados internacionalmente, tiene un curriculum donde sobresale el genocidio contra los kurdos del norte, el uso de armas bacteriológicas y químicas contra sectores de la población de su país, las ansias expansionistas expresadas en la invasión de Kuwait y, antes, en la guerra con Irán, o la exclusión de los sectores opositores. Pero Sadam ha llegado donde ha llegado con el beneplácito “democrático” de quienes hoy y hace doce años lo satanizaron, y que antes le armaron hasta los



dientes e incluso después han resuelto pingües negocios en diversos campos industriales.

— En las guerras modernas la prevalencia de muertes civiles ha crecido exponencialmente. En la Iª Guerra Mundial murió un 5% de civiles; un 50% en la IIª Guerra Mundial; en Vietnam y Corea un 82%; en Irak y en Yugoslavia el 98% de las víctimas fueron civiles. En la breve guerra de Irak, en 1991, murieron 150.000 ciudadanos por lo que se denominó “efectos adversos sobre la salud inducidos por la guerra” y otro millón posteriormente por el embargo. Los ataques de 1991, en los que se empleó uranio, han multiplicado por siete los casos de cáncer entre la población infantil que, en estos momentos, registra un índice de mortalidad del 90%, causado por “la escasez de medicamentos e instrumental médico,” según los facultativos.

En Irak, tras más de una década de mayor vulnerabilidad, sufren padecimientos por las consecuencias de la anterior guerra, de las persecuciones del régimen, del uranio empobrecido arrojado por los pretendidamente salvadores, del embargo que imposibilita la entrada de materiales y sustancias básicas para la producción de maquinaria y productos manufacturados, incluso de alimentos y medicinas, ha afectado a la totalidad de la población.

— Este embargo de doce años, ha generado una terrible precariedad en la situación sanitaria. Al progreso y la calidad de vida de los años 70 y 80. sucedieron la guerra con Irán durante ocho años y la del Golfo en 1991 así como las sanciones posteriores de la comunidad internacional. Los partidarios de tales sanciones afirman que son el único medio de castigar a los países que amenazan la paz. Son poco onerosas y, además, la opinión pública de los países occidentales acepta mal los enormes gastos y las pérdidas de vidas que ocasionan las intervenciones militares. Los detractores insisten en cambio en los graves perjuicios que sufren las poblaciones civiles, mientras los regímenes inculpatos se fortalecen y realizan intercambios ilegales. El caso de Irak confirma esa tesis. La población está exangüe; abundan pruebas de que el clan en el poder se enriquece y de que se desarrolla el tráfico ilegal de petró-

leo. Es más, a fines de enero de 2000, la Cámara de los Comunes británica publicó un informe en el que reconoce el fracaso del embargo en Irak y expresa el deseo de que ningún Estado sea sometido a una prueba semejante. Los indicadores sociales y de salud están a la vista: según Cáritas, la tasa de desempleo afectaba en el año 2000 al 75% de la población, muchas fábricas han cerrado, la agricultura está limitada por la falta de semillas y el sector de la construcción está prácticamente inactivo. En el sector público, los sueldos no pasan de 3,25 euros mensuales. La salud y la higiene también se han visto afectadas, incrementando las malformaciones, la morbilidad y mortandad, los abortos espontáneos, las infecciones, etc. y reduciéndose el acceso al agua potable hasta sólo la mitad de la población (el 66%, según ha declarado recientemente la directora de la ONU en Bagdad, Rebeca Arias). En los últimos años, el bloqueo se ha cebado, sobre todo, con los niños (más de 600.000 de los cuales están malnutridos y entre 4.000 y 5.000 mueren cada mes) y las mujeres embarazadas, de las que el 95% padece anemia.

— Un país con una calidad sanitaria próxima a la de los países desarrollados hace tan sólo quince años ha visto descender enormemente sus indicadores. La mortalidad infantil se ha multiplicado por 2,5 en la última década, alcanzando a 136 muertes por cada 1000 nacimientos. La esperanza de vida ha descendido de 66 a 58 años según los indicadores de desarrollo humano de la ONU, la tasa de alfabetización es del 55,9%, la escolarización ha pasado de un 90% a un 50% en menores de quince años. La tasa de mortalidad infantil se sitúa en torno al 105% y llega al 130% en los menores de cinco años. La malnutrición, el déficit de agua potable y el deterioro de los saneamientos hacen que, debido a la elevada vulnerabilidad de la población, una diarrea o una infección respiratoria puedan ser mortales. La menor capacidad de control de focos de enfermedad ha incrementado los problemas de salud pública.

El programa *petróleo por alimentos* de la ONU ha permitido que desde 1996 Irak exportara petróleo para acceder a algunos productos de primera necesidad, importando por este sistema el 90% de los alimentos pero siendo absolutamente dependiente de





las ayudas. De este modo, y según UNICEF, el 60% de los 27 millones de irakíes subsisten gracias al racionamiento distribuido mensualmente por el gobierno de Bagdad. Con una nueva intervención militar^(*) se multiplicaran los “daños colaterales” sobre la salud. A las dificultades actuales y a las consecuencias directas de la agresión en caso de guerra habría que añadir las relativas a las enfermedades asociadas a las condiciones de los refugiados y desplazados en el propio país y en los países limítrofes. Naciones Unidas estima que en caso de una guerra de una intensidad media, más de 10 millones necesitarían ayuda alimentaria, la mitad de la población carecerá de acceso al agua potable, dos millones serán desplazados internos y en torno a un millón serán refugiados. La Organización Mundial de la Salud ha distribuido lotes médicos que sólo alcanzaran a 240.000 personas durante tres meses.

¿Qué decir de los muchos motivos para padecer enfermedades mentales?. La situación de permanente estrés produce trastornos depresivos, de ansiedad o angustia, adaptativos, etc, alcanzando cotas inimaginables. Los estresores crecen por doquier. La misma situación prebélica prolongada ha incrementado la sensación de inseguridad en todo lo relacional de las personas, inseguridad en el mundo laboral y en el ámbito familiar. Si la situación de “guerra potencial” ha afectado psicológicamente a gentes en nuestras latitudes europeas, con sensación de minusvalía e indefensión ante las decisiones políticas beligerantes, sobre todo en las personalidades más inmaduras, qué no ocurrirá con quienes están viviendo la guerra desde hace ya dos décadas. De nuevo, entre ellos, los niños son las personas más desprotegidas, más débiles frente al miedo, el estrés y la ansiedad. Además faltan medicamentos de todo tipo, y el 92% de los hospitales carece de equipos médicos básicos, de pruebas de laboratorio, cuidados quirúrgicos, personal formado suficiente, etc. Desolador presente y sombrío panorama inmediato de esta población sometida a una doble imposición, a la de la comunidad internacional con sus juegos de guerra y a la de un régimen dictatorial.

— Los desórdenes disruptivos consecutivos a acontecimientos externos de la envergadura de una guerra, dure lo que dure esta, sin metabolización psíquica posible, provocará, viene provocando desde hace tiempo, desórdenes tanto del proceso constitutivo del psiquismo del niño como el desorden de integración psíquica cuando estas situaciones acontecen en personas adultas con sus ya defensas constituidas. Se producirá la desestabilización psíquica y fisiológica ocasionando diferentes patologías que irumpirán ante el peligro con comportamientos agresivos, actitudes suicidas o estuporosas, agitación psicomotriz, huida, etc, siempre comportamientos inadaptados tras la sorpresa emocional.

La comunidad no es extraña al fenómeno y se verá enormemente afectada por el conflicto bélico. El miedo de los afectados, la permanente búsqueda de seguridad para su grupo próximo, la frustración ante la imposibilidad de resolución de sus problemas afloran sin control, quizá hasta que se opere la reorganización de sus estructuras sociales. Las más profundas fantasías terroríficas se esconden en algún rincón de la mente. Los estados de ansiedad, fóbicos, depresivos e histéricos o reacciones traumáticas de tipo psicótico se desarrollaran en los más vulnerables. No olvidemos que el aparato psíquico es capaz de reorganizarse produciendo defensas psíquicas, organizando la vivencia de estrés y también emergiendo el vacío, el aislamiento y el desvalimiento que conduce a la vivencia traumática.

— Mientras, el gran amo y algunos leales incondicionales, cargados de militarismo y prepotencia, pasean su altanería en foros internacionales a pesar de que la opinión pública mundial se ha expresado. Ha expresado deseos de paz frente a la guerra “preventiva,” de desarme frente al rearme “defensivo,” de tranquilidad y tiempo frente a la alarma e inmediatez beligerante, de solidaridad con los pueblos frente al intervencionismo autoritario de los gobernantes. Las recientes expresiones de profundo pacifismo de la ciudadanía escuchadas por todo el planeta, seguro que han sido escuchadas por quienes manifiestan su belicismo. No sabemos hasta qué punto serán

(*) Curiosamente en la OTAN y en el gobierno USA no se utiliza el término guerra sino el de “intervención militar”, mientras la sociedad civil se expresa contra la “guerra.”

consideradas para caminar hacia un nuevo orden internacional más justo pero la *aldea global* se ha expresado con el rechazo a la destrucción masiva de vidas humanas en nombre de la paz.

Vemos confrontación entre políticos, que no se escuchan o que, cuando consolidan el poder, incluso no escuchan a la ciudadanía. Con comportamientos electoralistas, vendepatrias, de autismo social, respuestas únicas y mentirosas, etc mientras nos señalan riesgos y daños catastróficos. Pero ¿quién considera a las poblaciones afectadas?. El discurso hegemónico de los poderosos está centrado en el peligro de ese país, de sus gobernantes y, por extensión, de la comunidad árabe. Resulta preocupante que aquel viejo refrán chino “mata a uno y asusta a diez mil” haya quedado obsoleto. Ahora ya se plantean los asesinatos al por mayor, se ha alcanzado la unidad del deseo de matar y morir.

— Resulta hipócrita señalar con el dedo y los misiles a unos países exigiendo su desarme porque son una amenaza. Sería deseable que el desarme fuera general, global, pues comprobamos en la Historia que todo poder armado se convierte en enorme riesgo para muchos pueblos, para muchos millones de personas.

Los ciudadanos de a pie ¿qué podemos hacer?. El presidente Bush preguntado por qué puede hacerse para reducir los efectos del terrorismo contestaba que rezar. Lo mismo invocan algunos palestinos que se inmolan por su patria explotando bombas cargadas en su cintura, y también lo hacen Sharon y los militares israelíes. Unos se aferran a Ala, otros a Yahvé o a su dios verdadero, y es que la visión fundamentalista es compartida por los ámbitos más dispares.

No hace mucho Luis Rojas Marcos reflexionaba sobre el perdón ¿Quién se plantea el perdón? ¿Quién la reconstrucción? No significa arrepentimiento, la agresión no se olvida pues forma parte de la vida. Pero quien no perdona vive estancado con las heridas abiertas. Otro psiquiatra estadounidense, Thomas Szasz escribía: “Los tontos no perdonan ni olvidan; los ingenuos no perdonan y olvidan; los sabios perdonan pero no olvidan”. Esto nos ha de hacer pen-

sar en el enorme poder restaurador de la solidaridad humana.

— Es apremiante solicitar que se valore el impacto humanitario y sobre los derechos humanos que tendría una acción militar contra Irak para la población civil. Esta valoración debe considerar los posibles efectos de la acción militar sobre los derechos humanos de la población iraquí; los efectos sobre la situación humanitaria, pues los iraquíes ya padecen estrictas sanciones económicas y violaciones graves de sus derechos a manos de su gobierno; el riesgo de que una acción militar desemboque en que un número ingente de personas se vean forzadas a huir; las posibles violaciones graves del derecho humanitario internacional, incluidos ataques directos contra civiles, el uso de escudos humanos y el uso de armas de efecto indiscriminado.

Por ello sería deseable el despliegue observadores de derechos humanos en toda la región que informen de los abusos contra los derechos humanos que cometa cualquier entidad, así como que se organicen las ayudas necesarias que palien la actual situación sanitaria. El repetido comentario hecho argumento de la inevitabilidad de la guerra no exime de nuevos intentos para que no se lleve adelante la agresión bélica. No existe una guerra justa y como ejercientes de una profesión cuya razón de ser es mejorar la salud y preservar, en lo posible, a los seres humanos de la enfermedad y la muerte, no podemos permanecer impasibles ante esta forma de entender las relaciones internacionales manifestada con entusiasmo por algunos líderes políticos.

Para no callar ante la barbarie y el genocidio pues el silencio nos haría cómplices de las consecuencias, aunque fuera en pequeña medida, siempre podremos alzar la voz. Siempre nos quedará, al menos, la defensa de la palabra y el libre pensamiento frente a cualquier expresión de violencia y por el fiel cumplimiento de los derechos humanos. (26-2-03)



Iñaki Markez. Médico Psiquiatra

C.S.M. de Galdakao, Osakidetza

Bizkaia. Tfno: 94.6007408